



PROSPECTIVA. Revista de Trabajo
Social e intervención social

ISSN: 0122-1213

revista.prospectiva@correounivalle.edu.c

o

Universidad del Valle
Colombia

Centeno Perea, Carolina

De representaciones y sentidos socio-territoriales. El caso de afrocolombianos habitantes
de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense en Cali

PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social, núm. 17, noviembre,
2012, pp. 47-85

Universidad del Valle
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=574261387003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**De representaciones y sentidos socio-territoriales.
El caso de afrocolombianos habitantes
de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi
y la Colonia Nariñense en Cali**
**On representations and socio-territorial meanings.
The case of afrocolombian residents of Charco Azul, Mójica II,
Cinta Sardi and Colonia Nariñense in Cali**

Carolina Centeno Perea*

Resumen

Las líneas que se esbozan a continuación tienen como objetivo presentar un análisis sobre los sentidos de territorialidad y las formas de inserción social de migrantes afrocolombianos habitantes de los barrios Charco Azul y Mójica II y los asentamientos Cinta Sardi y la Colonia Nariñense ubicados en el Distrito de Aguablanca en la ciudad de Cali.

El artículo consta de tres partes: en la primera se consignan los aspectos metodológicos y conceptuales abordados para la construcción del objeto de investigación del que se derivó este escrito; posteriormente se hace una sucinta contextualización de los procesos migratorios y de urbanización emergentes a mediados y finales del siglo XX en Colombia, particularizando el proceso de poblamiento del Distrito de Aguablanca en Cali. Después se describe la conformación y consolidación de Charco Azul, Mójica II y los asentamientos Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, a la luz de diferentes diálogos, formas de apropiación, arraigos y tensiones, e incluso con referencia a diferentes marcas y referentes simbólicos emergentes en la construcción y consolidación de dichos entornos barriales. Por último, se presentan algunas conclusiones sobre la temática abordada en el presente escrito.

Palabras clave: sentidos de territorialidad, conflictos, arraigo, tensiones, intervención en lo social

*Trabajadora Social de la Universidad del Valle. Profesional del Centro de Desarrollo Infantil El Paraíso. Correo electrónico: carolina.centenoperea@gmail.com.

Artículo tipo 1: de investigación científica.

Recibido: 19 de febrero de 2012 **Aprobado:** 12 de marzo de 2012

Abstract

The following lines seek to analyze the meanings of territoriality and the forms of social integration of afrocolombian migrants living in the Charco Azul and Mójica II neighborhoods, and in the settlements of Cinta Sardi and Colonia Nariñense, located in the District of Aguablanca in the city of Cali.

The article is divided in three parts: the first one presents methodological and conceptual aspects, in order to approach the research object from which this paper is derived; the second part briefly contextualizes migratory and urbanization processes occurring in Colombia during the mid- to late-twentieth century, with special reference to the Aguablanca District (Cali) settlement process. Finally, the article describes the development and consolidation of Charco Azul and Mójica II neighborhoods, as well as the settlements Cinta Sardi and Colonia Nariñense, in light of different dialogues, forms of ownership, attachments and tensions, and even taking into account different traces and emerging symbolic references in the construction and consolidation of the aforementioned neighborhoods. The article closes with some conclusions on the topics addressed.

Keywords: sense of territoriality, conflict, attachment, intervention in the social.

Sumario: 1. Consideraciones preliminares, 2. Migraciones internas y urbanización en Colombia: un breve recuento, 2.1 El Distrito de Aguablanca en Cali, 3. Reconstruyendo historias: afrontando el presente y construyendo el futuro, 3.1 Reconociendo una historia vivida. El caso de Charco Azul, 3.2 Cinta Sardi y Charco Azul: una historia compartida día a día, 3.3 Entre reubicados y autoconstructores se consolidó el barrio Mójica II, 4. Reflexiones sobre la configuración territorial de Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense, 5. A manera de conclusión y 6. Referencias bibliográficas.

1. Consideraciones preliminares

Este artículo recoge los resultados de la investigación titulada “De trayectorias y sentidos socio-territoriales. El caso de afrocolombianos en Cali”, realizada entre enero y agosto de 2011, cuyo propósito fundamental fue comprender las trayectorias de inserción social de personas afrocolombianas migrantes a la ciudad de Cali entre 1995 y 2005, y la relación de dichas trayectorias con las formas de construcción y resignificación de los territorios habitados por dichos migrantes.

La investigación realizada se fundamentó en el método cualitativo desde una perspectiva interpretativa, pues se tuvo en cuenta la realidad construida por dichos migrantes en torno a la construcción de territorios en la ciudad de Cali –como contexto de llegada–, brindando, de esta manera, centralidad a sus argumentos. El interés no estuvo centrado en la explicación causal del fenómeno, sino en el análisis relacional de los actores, los contextos socio-históricos y las instancias sociales que favorecieron la emergencia del fenómeno en referencia.

Las aproximaciones conceptuales abordadas para el análisis de la información contemplaron las siguientes nociones: trayectorias de inserción social, migración, identidad étnica, exclusión e inclusión, territorio, territorialidad y territorialización. Esto con el fin de tener algunas claridades teóricas y metodológicas sobre las categorías centrales del estudio.

En relación con la estrategia metodológica, es preciso mencionar que, en un primer momento, se contempló la realización de entrevistas semiestructuradas, pero con el avance del trabajo de campo dichas entrevistas se tornaron en profundidad, dado que se pasó de un esquema de preguntas prediseñadas y abordadas secuencialmente, a la realización de preguntas abiertas con base en ejes temáticos. Todo esto permitió que poco a poco se introdujeran elementos para que los entrevistados construyeran un relato biográfico relacionando su historia migratoria, las formas como han construido sentidos de pertenencia o arraigo en el territorio donde actualmente habitan, la apropiación simbólica del espacio que realizan y la influencia de estos procesos en su inserción social en la ciudad.

Paralelo a esto, se debe destacar la realización de observaciones participantes y de revisión documental (escritos y elementos audiovisuales, como fotografías y cortometrajes), lo cual posibilitó un acercamiento y comprensión de las interacciones, rutinas, relaciones, conflictos y alianzas de los migrantes afrocolombianos con vecinos o personas habitantes de Mójica II, Charco Azul, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, desde diferentes escenarios de intercambio, negociación y encuentro, como establecimientos de comercio (tiendas, droguerías, almacenes), canchas de fútbol, licorerías, billares, escuelas y jardines infantiles, presentes en la mayoría de estos barrios y asentamientos.

En relación con el universo poblacional de la investigación, es preciso mencionar que se entrevistaron dos líderes comunitarios y doce migrantes afrocolombianas habitantes de Mójica II, Charco Azul y Cinta Sardi, cuyo evento migratorio se presentó entre 1988 y 2005, tiempo desde el cual establecieron su lugar de residencia en esta ciudad; asimismo, se realizó un muestreo por bola de nieve, es decir, las primeras personas que se contactaron sugirieron a otras para que participaran en la investigación. La información obtenida fue transcrita en Word conservando las formas dialectales de los entrevistados, luego dicha información fue procesada en el software Atlas Ti.

2. Migraciones internas y urbanización en Colombia: un breve recuento

Los fenómenos migratorios han marcado la configuración del espacio nacional, así como las formaciones urbanas colombianas. Junto a ello, a mediados del siglo XX, las migraciones internas del campo a la ciudad dejaron históricos efectos sobre la malla urbana del país (Sánchez, 2008).

Según esta perspectiva, la acelerada acumulación urbana ocurrida en Colombia a mediados del siglo XX tuvo que ver, en parte, con un rápido crecimiento demográfico, producto de variables asociadas a altas tasas de fecundidad, y con el descenso de las tasas de mortalidad en las zonas urbanas, además de una fuerte movilidad poblacional, traducida en las migraciones internas del campo a la ciudad.

La construcción de ciudades en Colombia tiene su origen no sólo en la emergencia de conflictos bipartidistas y en las violencias derivadas de éstos, sino también en procesos que dan cuenta de las consecuencias a nivel social, económico y cultural de los conflictos bélicos y políticos que se han agudizado desde la década del ochenta del siglo XX hasta la fecha (Naranjo, 2004; Sánchez, 2008). Asimismo, da cuenta de los diferentes procesos socioculturales emergentes de las diferentes nociones de desarrollo económico y social impulsadas en el país. En consecuencia, se entiende que:

Los procesos migratorios de ayer y los éxodos masivos de hoy no se deben de pensar a partir de la forma como han impactado la demografía de la ciudad, los efectos que ha tenido en el deterioro de la estructura urbana y la manera como han desestructurado los referentes de identidad que se supone eran los que otorgaban la idea de coherencia y armonía a las ciudades del país. Tampoco resultan suficientes aquellos enfoques sociológicos y antropológicos que ponen al campo y la ciudad como polos adversarios, como portadores de referentes antagónicos entre la tradición y la modernidad, entre el arraigo al terruño y el desarraigo total en la ciudad, cuando lo que en realidad hemos tenido es la proliferación de expresiones del país rural coexistiendo y entretejiéndose con las expresiones, espacios y tiempos de la urbanización moderna (Naranjo, 2004: 1).

Así, la migración interna en Colombia da cuenta de dinámicas relacionadas con los procesos de cambio en las configuraciones sociodemográficas y espaciales de las ciudades con sus antiguos y nuevos habitantes. Es indispensable entonces señalar que el contexto político y social en el que se da el proceso de urbanización en Colombia coincidió con el desarrollo de una situación de violencia política perpetuada en el campo.¹ Según Cardona (1968), dicha situación de violencia no se constituyó en un

¹ Según el análisis ofrecido por Sánchez (2008: 61), la violencia se constituyó en un factor expulsor de población. Para la autora, la guerra desatada en el país a mediados del siglo XX, antes de estar ligada a pugnas políticas partidistas, tuvo su origen en los conflictos de tierras entre campesinos colonos y latifundistas, iniciados desde finales del siglo XIX en la región central de Colombia. Asimismo, esta autora refiere, retomando a Mosquera y Aprile-Gniset (1978: 173), que a principios del siglo XX persistía el uso de la violencia en el campo, constituyéndose, en un primer momento, como el medio implementado por los poderes económicos para la apropiación y recuperación de las zonas de colonización agraria popular y como una estrategia de defensa por parte de los colonos pioneros para conservar las tierras trabajadas.

factor fundamental que propiciara la migración a las ciudades, sino que más bien los habitantes rurales que se desplazaron por cuestiones de seguridad y preservación de la vida, y quienes no se encontraban interesados en migrar a las urbes, lo hacían a municipios intermedios, muchas veces cercanos a su región, como un mecanismo para salvaguardar su vida y las condiciones socio-culturales propias de sus lugares de origen.

En este sentido, es válido plantear que la migración no dependía solo de las circunstancias y del contexto en el que emergía el evento migratorio como tal, sino más bien de las condiciones del lugar de destino, es decir, de la oferta de bienes y servicios a los cuales podrían acceder los migrantes. Frente a este panorama, la migración se asocia a un ideal de progreso, que se presenta como una alternativa real para quienes habitan en las regiones menos prósperas, donde las oportunidades de mejoramiento de la calidad de vida son limitadas.

Paralelo a ello, los procesos de urbanización en el país obedecieron a factores tanto internos como externos, por lo que deben ser analizados en sus interrelaciones, de modo que se aborde la complejidad del fenómeno y, de esta manera, se evite caer en reduccionismos que de nada sirven al conocimiento sobre éste actualmente.

Retomando a autores como Mosquera y Aprile-Gnisset (1978), Sánchez (2008) refiere que las guerras rurales y las crisis que a finales de los años cuarenta afectaron la *colonización popular agraria* posibilitaron la emergencia de una *colonización popular urbana*, que entró a sustituir a la agraria, en tanto se dio un salto de la colonización de tierras baldías de la nación a la colonización de terrenos públicos municipales.

La colonización popular urbana fue asumida desde su carácter solidario y organizativo, debido a los medios y las estrategias que implica, como el desmonte de pastizales y de terrenos de cultivo –en la mayoría de las ocasiones sin las condiciones básicas de salubridad, es decir, no aptas para el desarrollo de la vida humana– para transformarlos en barrio. De allí se deriva la implementación de trabajos colectivos para adecuar las laderas y pendientes inclinadas, abrir zanjas, construir calles y escaleras valiéndose de herramientas y materiales en desuso o reciclados, gestionar el acceso al agua potable, extender mangueras, cavar pozos y canales de aguas negras,

instalar lavaderos y baños colectivos, conectarse a redes de energía y construir espacios de interacción y socialización para la comunidad, como salones para la escuela y para las reuniones comunales. Por su carácter ilegal, el proceso se ha desarrollado de forma clandestina, bajo la amenaza tanto del riesgo natural como de la represión del Estado (Aprile-Gnisset, 1992).

Se hace entonces énfasis en una cuestión relacionada con las concepciones y vivencias frente a la construcción de territorios, como un proceso en el que emergen ciertas lógicas e interrelaciones en las que convergen convivencia, hibridación, sumisión, asimilación, exclusión y eliminación, de manera paradójica y simultánea. Esto pone de relieve la cuestión referida por Vanin (1999), citando a Hoffmann (1997), quien plantea que sólo cuando emerge el proceso de construcción social y se visualizan formas peculiares de apropiación material o simbólica de espacios concretos, se puede hablar de territorio.

De lo señalado hasta el momento, se intentan hacer evidentes las conexiones entre los procesos de migración interna ocurridos desde el inicio de la década del cincuenta y su relación con los procesos de urbanización del país. Teniendo en cuenta tales aclaraciones, a continuación se refieren algunos acontecimientos históricos que particularizan el surgimiento del Distrito de Aguablanca en Cali y los entramados relacionales emergentes de dicho proceso.

2.1 El Distrito de Aguablanca en Cali

El origen del Distrito de Aguablanca se remonta a los años cincuenta del siglo XX; su aparición se dio en un fenómeno de poblamiento urbano con características imprevistas, que surgió a grandes velocidades. Durante dicha época, la ciudad de Cali estuvo marcada por la aparición de formas de movilidad espacial cada vez más complejas que se desviaban del modelo de la migración rural-urbana dominante en décadas atrás; estos cambios incidieron en la renovación del proceso de urbanización y de concentración urbana, y en la apertura de las tierras “rurales” hacia el oriente de la ciudad para su urbanización.

Fue en este contexto donde las demandas de pobladores en condiciones de precariedad económica encontraron en estos espacios urbanos el medio adecuado de satisfacer sus necesidades de vivienda, ajustadas (en cierto sentido) a su capacidad de pago y a la relativa cercanía para desplazarse a sus lugares de trabajo (Vásquez, 1990; Tovar, 2008). De ello se infiere que muchos de los barrios del distrito de Aguablanca se formaron por procesos de ocupación de terrenos y urbanizaciones ilegales cuando se presentó el proceso más amplio de urbanización no formal de Cali, cuyo crecimiento se vio dominado por este fenómeno a partir de los años cincuenta.

Retomando a autores como Vanín et al (1999), Urrea y Murillo (1999), Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea (1999), se puede decir que Cali se constituyó como el principal contexto de llegada para migrantes afrocolombianos a partir de los años setenta, siendo el distrito de Aguablanca el principal entorno de acogida en la ciudad. En éste se conformaron barrios enteros con migrantes provenientes de departamentos como Chocó y Valle del Cauca, y de municipios como Barbacoas, Tumaco, Magüi y Roberto Payán, del departamento de Nariño.

De ahí se deduce que la ciudad de Cali (particularmente el Distrito de Aguablanca) sufrió una serie de cambios en términos de su prolongación, es decir, en su crecimiento espacial, demográfico y cultural, por los ritmos, contrastes y experiencias derivados de la llegada y permanencia de migrantes y su incorporación a las dinámicas de la ciudad.

Al realizar un rastreo con el fin de conocer aspectos históricos del Distrito de Aguablanca, entre los diferentes relatos de las personas entrevistadas se tiene el de una migrante afrocolombiana, habitante del barrio Charco Azul, quien llegó a esta ciudad en 1965, proveniente de Guapi (Cauca):

Quando yo llegué acá al Valle, llegué al barrio Puerto Mallarino. Todos estos locales de Andrés Sanín para acá, de Marroquín... No, de Andrés Sanín para acá, eran lotes de cultivo. Todos estos lotes Villa del Lago, todo estos eran lotes que sembraban cultivos, maíz, soya, millo [...] No más había. Yo llegué al barrio de Puerto Mallarino, y estaba el barrio de Puerto Mallarino, y de allá Alfonso López, pero eso era de para allá, para acá, todo eran lotes... ¡Ah! el Siete de Agosto, sí estaba... Las casas eran de guadua, casitas de guadua y de tablas, cerquitos de esterilla, que eso picaban la guadua, y la abrían y hacían la parecíta así, y así las tejitas de zinc, tejas

de barro, así, cuando no unas tejas de cartón, así eran las casitas. En varias casas había luz y agua, nada más, en las otras no. En las otras no había ni luz ni agua, tenía uno que salir a pedir, o bajar al río Cauca, a recoger agua allá y lavar la ropa allá, así es que era.

En estos términos, la consolidación de Aguablanca emerge como un modo de creación de ciudad por parte de una importante proporción de pobladores de Cali, cuya precariedad no les permitió acceder a viviendas formalizadas.

Los pobladores de Cali implementaron múltiples estrategias para movilizarse en la ciudad y construir sus viviendas. Bajo este panorama, la desigualdad social y la debilidad de las políticas públicas de construcción de vivienda y de urbanización básica para esa época propiciaron que la consolidación de asentamientos informales, ubicados en la periferia de la ciudad, se constituyera como una respuesta efectiva de dichos pobladores, quienes con limitados recursos materiales y económicos construyeron sus viviendas de manera continua y aportaron a la formación de la ciudad, con la influencia de límites entre lo legal y lo ilegal, lo formal y lo informal, las ocupaciones de hecho, los derechos y la ley (Naranjo, 2004).

3. Reconstruyendo historias: afrontando el presente y construyendo el futuro

3. 1. Reconociendo una historia vivida. El caso de Charco Azul

Charco Azul fue fundado aproximadamente en 1980. En un principio se trató de un asentamiento donde las casas fueron construidas por sus habitantes, quienes se dedicaban a labores domésticas, trabajos de construcción y ventas ambulantes como medios para devengar dinero. Para la construcción de las primeras viviendas, se utilizaron materiales como plástico, barro, esterilla, guaduas y tejas de cartón. La ocupación ilegal de terrenos de la que emergió el barrio Charco Azul fue realizada por habitantes que llegaron a este sector con la esperanza de tener una casa propia, provenientes principalmente del litoral Pacífico (Nariño, Cauca y Buenaventura); de ahí que la población que predomina en este barrio es afrocolombiana.

Según los fundadores de este barrio, los terrenos en los que iniciaron la construcción de sus viviendas eran lotes de cultivo en donde se sembraban especies como el millo, la soya y el plátano. Al respecto, se puede citar lo referido por dos mujeres migrantes guapireñas, quienes nos ilustran el panorama en el que se dio la consolidación del barrio:

Esto era monte. ¿No le digo que este era un cultivo donde nosotros *sadoniábamos*? Sembraban maíz, sembraban frijoles, millo, de todo sembraba aquí, nosotros cogíamos eso (migrante guapireña habitante del sector La Platanera, Charco Azul; sesenta y dos años).

Esto era una platanera, puro sembrado de plátano, y había una sola casita en medio de todo ese poco de matas de plátanos de un señor que le decían Catalino, me acuerdo, y él era el único que vivía para acá... Pues las casas de Ulpiano sí estaban, de resto todo esto para acá era una platanera, y ya esto se fue llenando de gente, se fue llenando, llenando... Y mate zancudos que daba miedo, mate culebras, ¡ay, Dios mío! Cuando se subía el caño, que llovía por allá en el centro, ay, eso era toda la noche matando culebras. No dormía la gente pensando en esos animales, y eso que una culebra, gritaba el uno, gritaba el otro, yo me acuerdo. Este barrio, al principio, cuando fue invasión, esto fue tenaz, eso fue tremendo, duro, le tocó duro a como todo, una invasión. Ya esto se fue poblando, poblando y nos dieron la energía de acá del Siete de Agosto, de Ulpiano, ya nos fueron dando energía y todo... Esto se fue organizando, ahí ya más gente (Migrante guapireña, habitante del sector La Platanera, Charco Azul; cuarenta y nueve años).

En sus inicios, los terrenos no contaban con los servicios básicos, y por ello sus pobladores debían cargar el agua desde El Lago y otros barrios cercanos como Siete de Agosto y Ulpiano Lloreda. Para esa época, se contaba con un lavadero comunitario ubicado en la laguna de Charco Azul, en el que los habitantes del sector lavaban sus ropas, e inclusive servía de baño público.

La construcción de alcantarillados provisionales se dio por la iniciativa de los pobladores del sector; ello implicó la adecuación de tubos, la apertura de zanjas y la compra de latas de zinc para que las aguas desembocaran en los dos caños que rodeaban el sector.

La energía eléctrica era remplazada por leña, ACPM, petróleo y gasolina, y en las noches se alumbraba con mecheros y velas. Las calles

del sector eran precarias, pues los “ranchos” fueron construidos alrededor de sembrados de millo, sin dejar espacio para calles u otros sitios. Tales sembrados eran cuidados por los habitantes para que los dueños del terreno (el señor Vicente Montaña para la época)² les permitieran edificar sus casas allí. Según una migrante guapireña, estas eran las condiciones que experimentaron los pobladores de Charco Azul para acceder a los servicios públicos domiciliarios:

No, los servicios públicos yo me acuerdo que cuando era invasión, como estaba el caño, hicieron letrinas hacia el caño. Nosotros hicimos letrinas, agua no teníamos, teníamos que venir a pedir agua a los del Ulpiano; entonces uno llenaba galones, sus tres, cinco galones diarios de agua y uno de acá los cargaba hasta el ranchito donde vivía, y del Siete de Agosto, uno iba y traía agua de allá, pero los de la vía más cerquita eran los del Ulpiano que uno pasaba por allí, por un puentecito. Porque eso por donde están esas casitas era un caño, donde estaban esas casitas era un caño y ese caño salía y se encontraba con el caño que era a lo largo así, ¿no cierto? Entonces como uno no tenía paso, entonces hicieron un puentecito y por ahí uno pasaba y llenaba agua, y ya pa’ lavar uno se iba a donde los familiares que vivían en Andrés Sanín, otros que los tenían en el Siete, u otros aquí en Ulpiano [...].

Porque acá no había nada de esas cosas, así pasamos llevando el agua mucho tiempo, y la energía... Al principio uno se alumbraba con mechones. Yo me acuerdo que esos mechones que uno echaba el petróleo en un tarro de leche Klim y hacia el mechón, eso no, o si no con velas, yo me acuerdo, y mate zancudos que daba miedo, mate zancudos, mate culebras, ¡ay, Dios mío! [...] ya esto se fue poblando, poblando, y nos dieron la energía de acá del Siete de Agosto, de Ulpiano, ya nos fueron dando energía y todo, esto se fue organizando, ahí ya más gente, y ya después uno mismo metió el agua, uno mismo metió el agua con tubos, con mangueras, con todo, y esto duró así muchos años, así duramos hartos años, ¡huy!, como unos seis, siete u ocho años (Migrante guapireña habitante de La Platanera, Charco Azul; cuarenta y nueve años).

² Vicente Montaña fue la persona encargada de controlar un amplio sector (aproximadamente desde 1970) que incluía a las lagunas de Charco Azul y el Pondaje, y el norte de la comuna trece, específicamente en donde se ubican en la actualidad los barrios Charco Azul, Villa del Lago, Marroquín, El Pondaje, Ricardo Balcázar, Sardi y Belisario Betancur. Estos dos últimos se consideran asentamientos informales.

Posteriormente, los habitantes del sector establecieron un proceso organizativo del que surgieron comités de trabajo, en los que se logró el acceso a los servicios públicos de energía, acueducto y alcantarillado. Todo ello se obtuvo a partir de varias reuniones entre la comunidad y representantes de las Empresas Municipales de Cali (Emcali), en las cuales se llegaron a acuerdos sobre cómo pagar los servicios; de esta forma se instalaron los contadores, postes y transformadores, y se adecuó un alcantarillado para el barrio. Asimismo, se gestionaron las líneas telefónicas, aunque no todos los habitantes fueron beneficiados con este último servicio.

En relación con la nominación del barrio, ésta estuvo estrechamente relacionada con el proceso de asentamiento originado a orillas de la laguna de Charco Azul,³ pues alrededor de ella se ubicaron asentamientos que más tarde dieron origen a la consolidación del barrio.

Ahora bien, al iniciar la conformación del barrio Charco Azul, los habitantes del sector se vieron afectados en varias oportunidades por los operativos de expulsión realizados por la policía, como una forma de represión ante la invasión de los terrenos propiedad de la familia Borrero; no obstante, ello no impidió que se continuara con la consolidación del barrio. Luego de la situación de represión policial, a mediados de la década de los noventa se ejecutó un proceso de legalización de los predios existentes en el sector, liderado por comités organizativos, conformados principalmente por líderes de la comunidad y representantes de la Secretaría de Vivienda Municipal, para entonces Invicali (Instituto de Reforma Urbana y Vivienda del Municipio de Cali).

En este proceso se contó con el apoyo de algunos dirigentes políticos,⁴ quienes, a cambio de apoyo electoral a sus campañas, emprendieron acciones de negociación con Invicali y los habitantes del sector para el proceso de entrega formal y legalización de los predios. El costo de los lotes oscilaba entre quince mil y treinta y ocho mil pesos; para acceder a ellos se tenía que dar una cuota inicial, y el costo restante debía ser pagado en cánones programados. En este mismo período, se dejaron espacios para

³ Esta laguna fue creada en 1969 como sistema de regulación de bombeo de aguas de los sectores ubicados en el suroriente de la ciudad.

⁴ Se hace alusión específicamente al concejal conservador Humberto Pava y al Movimiento de Acción Social liderado por el señor Gustavo Balcázar Monzón, dirigente liberal de la época.

que se construyera una iglesia, un puesto de salud, guarderías y lo que hoy se conoce como Centro de Desarrollo Comunitario.

En el proceso de consolidación del barrio intervinieron también las juntas de acción comunal como una forma de participación política; ello dio lugar a la gestión de proyectos sociales y, con ellos, a la construcción de la infraestructura vial de la zona y al sellamiento de uno de los canales de aguas residuales del barrio, dado que éstos llegaron a propiciar problemas de salubridad y contaminación en el barrio.

En cuanto a la infraestructura vial, el barrio cuenta con la Avenida Ciudad de Cali como vía de acceso principal, con lo cual se facilita el tránsito de vehículos particulares y de servicios de transporte urbano. Una considerable proporción de las carreras y calles del barrio se encuentra pavimentada. En relación con las rutas de transporte (que llegaron al barrio aproximadamente en 1987), la Azul Plateada fue la primera ruta en transitar por el barrio, dada su cercanía al puesto de control de dicha empresa. Posteriormente, en 2011 se presentan las siguientes rutas de transporte público: Río Cali 2 Ptar, Verde Bretaña 6, Crema y Rojo 2, Trans Urbanos 1, P14A, P24, P47A, P47B, P43, P40B, A44, T47A y T47B. Las últimas hacen parte del Masivo Integrado de Occidente (MIO).

En materia educativa, se encuentra la institución pública Humberto Jordán Mazuera, que ofrece cobertura en educación preescolar, básica primaria, básica secundaria y media vocacional a los niños, niñas y adolescentes habitantes del sector. La oferta educativa en el barrio es suplida, en cierto sentido, en barrios aledaños como Villa del Lago y Ulpiano Lloreda.

Por otro lado, aproximadamente en 1999 algunos habitantes del sector fueron beneficiados con un proyecto de mejoramiento de vivienda (agenciado por Invicali), denominado Plan Internacional. Este plan les permitió reestructurar sus viviendas y obtener materiales como cemento, ladrillo, láminas de zinc y baldosa.

En relación con los espacios comunes para los habitantes del barrio, la construcción de la iglesia (que en principio fue una choza ubicada en la parte oriente del barrio, y donde se congregaba toda la comunidad católica) emergió por las inquietudes de algunos de sus habitantes y del párroco

Alcides Botero, quien aportó la imagen del Sagrado Corazón y otros elementos utilizados por la congregación católica en sus celebraciones litúrgicas. Paralelamente nació la iniciativa de construir un centro comunitario por algunas madres de familia que compartían el interés de consolidar una guardería que les permitiese salir a trabajar y que, al mismo tiempo, no se privara a sus hijos de la vigilancia y cuidado permanente de un adulto. De ello surgió un grupo de voluntarias que, tiempo después, recibirían una serie de capacitaciones con el fin de que aprendieran estrategias pedagógicas para el cuidado de los niños y niñas que serían vinculados a la guardería.

3.2 Cinta Sardi y Charco Azul: una historia compartida día a día

El surgimiento de lo que hoy se conoce como Sardi se dio de manera paralela a la conformación del barrio Charco Azul. Sardi, considerado actualmente como asentamiento informal, emerge bajo la modalidad de invasión, aproximadamente en 1970, en terrenos colindantes con la laguna de Charco Azul, utilizados principalmente para cultivo al principio de los años sesenta. Los “invasores” provenían mayoritariamente de zonas costeras (sobre todo de Tumaco y Buenaventura), es decir, eran migrantes recién llegados a la ciudad o con poco tiempo de estadía en ésta. Muchos de estos invasores residían en sectores como Puerto Mallarino y Andrés Sanín, cercanos al lugar de la invasión.

La construcción de las viviendas de este sector se inició con materiales reciclados (madera, guadua y tejas de cartón o plástico) y con pisos de tierra, lo cual provocó la propagación de enfermedades relacionadas con afecciones en la piel, dada la humedad de los suelos en los que se construyeron las casas. Además, en el asentamiento no existían conexiones a servicios públicos, por lo que la comunidad construyó lavaderos y baños comunitarios, que se convirtieron en los espacios para el encuentro entre los pobladores, especialmente entre las mujeres que permanecían en el sitio. Las aguas residuales y los excrementos se vertían en la laguna de Charco Azul.

En el lapso comprendido entre 1970 y 1973, la consolidación del asentamiento se vio afectada por una serie de enfrentamientos con la policía. La familia Borrero, en ese entonces propietaria de los terrenos, exigía

la retirada inmediata de los “invasores”; si bien dichos acontecimientos propiciaron pérdidas humanas y materiales, ello no fue obstáculo para que se reconstruyeran de manera rápida y contundente las edificaciones que, a causa de los enfrentamientos, se destruyeron para ese entonces.

Hacia 1973 aparece en la escena de consolidación de la invasión un dirigente político conservador y concejal de la ciudad, el señor Octavio Sardi, quien a cambio de apoyo electoral en su campaña política logró agenciar ciertas medidas con las que se contrarrestaron las presiones policivas de las que fueron objeto los pobladores de la invasión, e incluso llegó a ofrecer la reubicación de otros pobladores (a quienes debía cumplir con deudas políticas) en ese mismo espacio. Cabe anotar que lo ofrecido por el político no contemplaba la legalización de los predios, ni mucho menos la de los servicios públicos. La intervención realizada por el político permitió la consolidación del asentamiento y el aumento de sus pobladores, aunque no ofreció las garantías para el acceso de éstos a unos estándares de vida mínimos.

A mediados de los años setenta, el acceso a servicios públicos en el sector de Sardi se dio a través de conexiones piratas; la energía fue traída del barrio Marroquín I, por medio de un cableado construido de manera ilegal y con conocimientos técnicos incipientes sobre ello. Lo anterior produjo una serie de cortos circuitos, quema de cableado, y la explotación de varios transformadores de energía que derivaron en reiterados incendios en el sector.

De manera similar se obtuvo el acceso al agua del barrio Siete de Agosto; para ello, los pobladores del asentamiento instalaron una serie de mangueras de poliuretano a la red de acueducto de dicho barrio, lo cual fue visto por los habitantes del Siete de Agosto como un abuso, pues la presión con la que les llegaba el líquido era muy baja, lo que generó pugnas entre los pobladores de ambas zonas.

Por otro lado, vale la pena destacar que en Sardi se observan ciertas tendencias en cuanto a sus edificaciones: se observan viviendas construidas en cemento y ladrillo, pisos de cemento, baldosa y cerámica, y con acabados en sus fachadas, así como viviendas cuyos materiales predominantes son madera, tejas de barro, zinc y cartones. La organización de las viviendas

está dada en forma “ele” (L); las casas están ubicadas en callejones estrechos que forman laberintos sin salida, no existen vías vehiculares, y en una considerable proporción sus calles se encuentran sin pavimentar.

La provisión de servicios públicos se da de forma ilegal en algunas viviendas. En el sector no se realiza recolección de basuras, por lo que los desechos deben ser transportados hasta Charco Azul, en donde tres veces por semana pasa el carro recolector de basuras.

Las calles de Cinta Sardi, como bien lo plantean Urrea y Murillo (1999), son el principal escenario de sociabilidad del barrio; en general, presencian la crianza de los niños y la socialización de los jóvenes del sector. Ello está directamente vinculado con el hecho de que las puertas de las casas se mantienen abiertas en el día y una parte de la noche, con personas del mismo vecindario que entran y salen. Adicionalmente, las calles del sector son el epicentro de juegos de dominó, cartas, bingo y todo tipo de acciones espontáneas de encuentros, como sentarse a conversar con los amigos, hacer bromas de los hechos cotidianos y compartir lo que la gente está viviendo. Son frecuentes las fiestas en las viviendas, como también hay participación en los bailes que se hacen en diferentes espacios abiertos o en locales del barrio y de barrios vecinos.

Todo lo anterior permite inferir que las historias de conformación del barrio Charco Azul y el asentamiento Sardi se encuentran estrechamente vinculadas. En el caso de Charco Azul, los procesos de legalización de predios y de servicios públicos se dieron, en cierta medida, de forma más rápida, dado que los terrenos en los que se consolidó el barrio tenían características que favorecieron su conexión a las redes de servicios públicos de la ciudad. De igual manera, como lo plantean Urrea y Murillo (1999), el proceso de poblamiento de Charco Azul le permitió al barrio tener un trazado relativamente ordenado. Asimismo, en ambos sectores se dieron procesos de poblamiento con marcada concentración de personas provenientes del Litoral Pacífico, más que de pobladores originarios de la Región Andina.

Otro factor de conexión entre Charco Azul y Sardi son las redes de parentesco entre sus habitantes, pues muchos pobladores de Charco Azul avisaron a sus familiares y paisanos acerca de terrenos idóneos para ser

invasión, como una forma de ayudarles y, al mismo tiempo, de contar con la presencia de familiares y amigos a corta distancia (Urrea y Murillo, 1999). De igual manera, antiguos pobladores de Sardi, que por diferentes motivos y circunstancias lograron mejorar su posición económica y su poder adquisitivo, consiguieron cierta movilidad social que derivó en la compra de lotes o viviendas en Charco Azul, lo cual posibilitó la venta o el alquiler de sus viviendas en Sardi, o su cesión a otros familiares o paisanos en Cali.

Si bien la historia de conformación de Sardi estuvo enmarcada por la “invasión” de una zona colindante con una laguna (por lo que las inundaciones estaban al orden del día), cuyo acceso a servicios públicos siempre ha estado limitado, el barrio Charco Azul se configuró como una “invasión” que tiempo después legalizó sus predios y accedió a las condiciones mínimas de un proceso de urbanización. No obstante, las notables diferencias en las infraestructuras físicas (especialmente en la cobertura de servicios públicos y en equipamiento colectivo) y en el tipo de legalidad y nominación de los dos sectores ante entidades de regulación urbanística y ocupación urbana no impiden que ambos compartan problemas comunes (delincuencia, consumo de sustancias psicoactivas, empobrecimiento económico), lo que ha producido ciertos procesos de estigmatización bajo los cuales Charco Azul y Sardi son vistos como un mismo asentamiento. Dado que no existen límites entre estos dos barrios, el sector se piensa como “peligroso”, pues cobija un sinnúmero de delincuentes y pandillas (Urrea y Murillo, 1999).

Respecto a este último aspecto, en el barrio Charco Azul:

Existe la calle caliente campeona de la violencia. Allí no se puede dormir. No dejan los pasos, carreras, gritos, balaceras. Al otro día, la gente se levanta a averiguar qué fue lo que pasó y muchas veces ve las huellas de la sangre, pero nunca se sabe. Lo cuentan varios vecinos anónimos, que están cansados de tanto miedo y silencio. Hablan de esa calle larga, de más de 200 metros, pavimentada. De día siempre hay alboroto y los viernes la música se oye más duro. Muchos sacan su tocadiscos a la puerta. En medio del ruido y del gentío hay voces y juegos infantiles. Y muchas riñas, pero nadie se mete en lo que no le corresponde. Esa calle figura entre las historias que sufren a diario los habitantes del sector conocido como Charco Azul. En

realidad, Charco Azul es una parte del sector y resulta afectado por lo que ocurre en sitios vecinos como La Pajarera o la invasión Sardi (“El miedo se anida en Charco Azul”, artículo publicado en el periódico *El Tiempo*, 9 de agosto de 1998).

Frente a este panorama, y al indagar por la percepción de futuro y las condiciones desfavorables que tienen los habitantes de Charco Azul y Cinta Sardi, se evidencia lo siguiente:

Mira que es mi barrio amado, yo lo quiero porque pues me crié, ¿no? En parte he vivido buen tiempo aquí, y mis hijos pues, pero mira que yo no le veo como si uno aquí también fuera a tener un futuro, ¿me entendés? Que, pongamos, hay muchas cosas que uno, pues, pongamos, como Soñadores⁵ pongamos, que Soñadores estuvo acá y los niños estuvieron ahí y aprendieron muchas cosas y a ellos se les abrieron muchas cosas también, pero sí, bueno, eso sucedió aquí en este barrio, y ellos de Soñadores yo sé que aprendieron muchas cosas, a ellos se les abrieron muchas puertas, sí, y eso es lo único que yo puedo ver de futuro para ellos, lo que aprendieron ahí, que se les abrieron muchas puertas fuera de aquí del barrio... Pero, el resto de aquí del barrio no [...] Aquí en este barrio hay mucha desunión, y este barrio no va a salir adelante por esa desunión, empezando donde la gente de la junta, cuando necesitan a la comunidad, pa’ ellos subir allá a los puestos que ellos quieran, pa’ eso mejor dicho... Pero cuando ellos ya están allá, ellos no hacen por el barrio, ellos hacen es por conseguir pa’ ellos, vivir pa’ su bienestar pa’ ellos, más ellos no hacen por el barrio. Entonces por eso es que yo choco con muchos de aquí del barrio, es por eso, yo sí choco (migrante guapireña, habitante de La Platanera, Charco Azul; cuarenta y nueve años).

Lo más malo de lo que hay es lo de los raponeritos, que ya ahora no le tiran a los que son extraños, sino que a los mismos de aquí, porque ya no saben a quién le tiran... Eso sí, sí, porque ratero, porque los rateros buscan donde hay, y los raponeros viven donde no hay. Aquí en Charco Azul no hay seguridad, aquí no hay seguridad, cuando uno oye es que pin, pin, bueno (Migrante guapireña, habitante de La Platanera, Charco Azul; sesenta y dos años de edad).

⁵ Programa del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar que desde el 2005 hasta el 2010 trabajó en el sector con el objetivo de mejorar la calidad de vida tanto de los niños y adolescentes en situación de vida en calle, como de sus familias, a través de la restitución de sus derechos y de su participación activa en procesos de protección integral y desarrollo local.

3.3 Entre reubicados y autoconstructores se consolidó el barrio Mójica II

Los primeros pobladores del barrio Mójica II llegaron aproximadamente en 1986, provenientes principalmente de Cauca, Nariño y el Pacífico colombiano. En su mayoría, fueron personas reubicadas y trasladadas de otros sectores de la ciudad, como los Andes, la parte alta del Bosque Municipal, al oeste de la ciudad, las laderas del control de la Verde Plateada sobre la avenida Simón Bolívar, Pueblo Joven, El Valladito, Cinta Larga, los asentamientos de La Paz que estaban sobre la orilla del canal oriental hacia El Retiro, y los barrios El Vergel, Alfonso Bonilla Aragón, Siloé, El Retiro, El Poblado y la Cinta de Navarro.

La transacción se dio a través de Invicali, entidad gubernamental que compró los terrenos a la familia Mójica, personas muy adineradas de la región, dedicadas principalmente a la producción agrícola y al manejo de haciendas; tiempo atrás, en los terrenos comprados por Invicali existían diversidad de sembrados, entre ellos arroz, algodón, soya y millo, así como fincas de cacao.

El origen del barrio Mójica II estuvo marcado por condiciones desfavorables para la supervivencia de sus habitantes. Al respecto, un líder comunitario del barrio expresa:

El barrio ya estaba diseñado, pero no existían las comodidades que hay hoy en día, porque nosotros recibimos un barrio sin agua y sin luz, sin servicios públicos, perdón. Prácticamente, la Secretaría de Vivienda (que anteriormente se llamaba Sociedad Pro-Vivienda El Bosque), cuando entregaron a Mójica, la Unión en el año sesenta, después pasó a ser la razón social Invicali, después se cambió de razón social y en este momento la conocemos como Secretaría de Vivienda... Bueno, el barrio nos lo entregaron sin agua y sin luz, sin servicios públicos. Yo llegué aquí, fui fundador del sector, apenas se había entregado Mójica VISAA segunda etapa. En aquel tiempo no existía la ciudad de Cali, no existía ni la troncal de Aguablanca; era un barrio completamente, era un hueco, y nosotros lo llenamos a punta de volquetas con tierra, nosotros la comprábamos y la hacíamos vaciar. Era inhumano la forma de vivir aquí, porque el zancudo aquí lo levantaba a uno, lagunas, que dejó las reservas de Invicali de los lotes vacíos, donde está la iglesia católica, donde está la Niño Jesús de Atocha, que es un colegio, y muchos sectores que dejaron aquí por urbanizar, y

resulta que había muchas epidemias por los zancudos y por las lagunas, que sonaban los sapos y todo eso de noche [...] Era completamente difícil la entrada a Mójica, cuando llovía, bueno, estando una vez en reunión aquí, y yo me pasé aquí al barrio, por ahí en el noventa, y había ahí por donde hay un sector de la mata de guadua, así se conocía anteriormente, hoy se conoce como el barrio Chino (líder comunitario, habitante del barrio Mójica II; sesenta y dos años)..

Dada la ausencia de servicios públicos, especialmente de agua y alcantarillado, en el barrio existían letrinas; el agua era trasladada del barrio Poblado II o de los sembrados cercanos, y la energía era tomada ilegalmente del mismo lugar. El barrio quedaba a mucha distancia del centro de la ciudad y al principio sólo existía la vía a Navarro.

Los terrenos entregados por Invicali no contaban con servicios públicos domiciliarios ni con infraestructura vial, por lo que sus pobladores se vieron obligados a realizar diversas labores para rellenar los terrenos y edificar sus viviendas. Frente a ello, encontramos los siguientes testimonios de habitantes del barrio:

De este barrio recuerdo que acá no habían rutas de buses, no había energía, alcantarillado, no había acueducto. Eh... nos metimos, se fue colocando por autoconstrucción, no había aquí a continuación donde se ve ese espacio de los árboles. Eh... luego se fue poblando y no existía este sector de acá, lo que es este Mójica, hacia abajo no existía, teníamos cultivos de soya, de aquí a donde está la caseta comunal, hacia donde queda el puente que divide entre Mójica y El Poblado, hasta allá llegaba Mójica, luego se fue poblando y, lógico, fuimos haciendo los alcantarillados, por autoconstrucción. Nos tocaba traer la energía de abajo, cerca a Bonilla Aragón, lo que era la energía y el agua. Esto era una laguna, donde sacaban hasta pescaditos pequeñitos para vender en acuarios, sí, eso lo venían a pescar, y eso se fue rellenando. Los fuimos rellenando con Lucidia Toro, ella era una líder de Emcali, ella trabajaba en Emcali y vivía en El Poblado, ella ya falleció, y con ella se trajo cualquier cantidad de escombros para rellenar lo que fue la laguna, y de ahí surgió la zona verde para ese sector (líder comunitario, habitante de Mójica II; cincuenta y dos años).

Esto cuando llovía era algo aterrador, porque esto era un barrial que le llegaba hasta por aquí (señalando las rodillas). Uno pa' irse a trabajar tenía

que llevar dos pares de zapatos, el que salía de aquí hasta donde iba a coger el bus, y allá tenía que quitarse esos zapatos embarrados y ponerse otros, y dejarlos donde alguna vecina. “Ay, vecina, guárdeme estos zapatos para cuando vuelva a salir”. Eso era bastante, era terrible, porque la salida siempre era por acá, o sino por acá, por ahí (migrante nariñense, proveniente de Magüi-Payán; cuarenta y ocho años).

El barrio Mójica II surgió entonces como un proyecto de solución a la problemática de vivienda de interés social en la ciudad. Mediante un convenio institucional que se realizó aproximadamente en 1985, se designaron cuatrocientos veinticinco lotes en la urbanización Mójica II para el reasentamiento de familias provenientes de otros sectores de la ciudad, caracterizados por la ocupación ilegal de terrenos en condiciones de salubridad muy precarias. El siguiente relato da cuenta de la situación experimentada por los pobladores del barrio en dicha época:

Esto era monte, y como en una forma de chantaje, o sea, que para entregarle el lotecito a uno, esto no era un regalo, había que pagarlo. Pero había que coger machete y limpiar el pedazo que le daban a uno, los cuatro metros por quince de fondo. Había que limpiarlo para que se lo pudieran adjudicar a uno; eso lo vimos como un abuso, pero como necesitábamos... Yo era una madre soltera en ese tiempo, con cuatro hijos no podía ponerme a exigir, tenía que someterme a eso, pero este barrio empezó en muy, muy malas condiciones. Como le digo, no había alcantarilla, no había forma de meter un baño, un sanitario, de colocar una ducha, nos tocaba caminar como unas diez cuadras para traer un baldecito de agua, y con eso bañar los muchachos, bañarse uno, cocinar. Con ayuda de los vecinos hicimos como la especie de una junta, y nos organizamos, y metimos una manguera negra grande, y trajimos agua, compramos la posesión a un señor de acá, como unas diez cuadras atrás, la posición la trajimos e hicimos como una recámara, una especie de tina. Entonces ya nos quedaba más cerca, y lavábamos, nos bañábamos, era como se dice la fuente de donde cogíamos el agua. Pero no teníamos energía, eso era feo, esto era muy feo... Y había mucha violación, se metían a violar a las personas, pues, que vivían solas en las casas a las mujeres, se metían a violarlas... Mucho robo, mucha matanza (migrante tumaqueña, habitante de Mójica II; cincuenta y tres años de edad).

La entrega de lotes se hizo bajo la modalidad de ahorro programado, siendo cincuenta mil pesos la cuota mínima para el acceso a ellos. El área promedio de los lotes entregados fue de cuatro metros de largo por quince metros de profundidad. En este marco, se evidenció el surgimiento de consideraciones legales, lo cual implicó un reconocimiento de los derechos de los ciudadanos en estrecha vinculación con el Estado, y políticas municipales relacionadas con la oferta de proyectos de vivienda de interés social, además de las obligaciones inherentes a los derechos adquiridos.

Según lo referido por algunos habitantes del barrio, las condiciones en las que se entregaron los terrenos no fueron las ideales; debían realizar actividades de limpieza de los lotes y acceder a servicios públicos de sectores aledaños, pues no contaban con ellos. Esto quiere decir que, si bien la entrega de lotes se constituyó como una medida que les dio a muchas familias la posibilidad de acceder a una vivienda legalizada, tal posibilidad no contaba con las condiciones mínimas para el desarrollo de la vida, es decir, el acceso a servicios públicos y a un equipamiento colectivo (escuelas, espacios deportivos y de recreación, etc.).

Frente a este panorama, y con iniciativa de los habitantes de Mójica II, se consolidó un convenio con entidades gubernamentales, denominado Vivienda de Interés Social por Autogestión Asociativa (VISAA). De allí viene el proceso de autoconstrucción agenciado por los habitantes del barrio,⁶ que dio cuenta de la organización y capacitación para el trabajo. Por cada calle, los pobladores eligieron un comité de autoconstrucción encargado de asumir la vocería durante el desarrollo de las obras, además de ser veedores durante el suministro de los materiales de construcción. Esto pone de manifiesto las labores de gestión y organización, es decir, los procesos de interacción social y las dinámicas emprendidas por los habitantes del sector en pro de la construcción de sus viviendas y de un equipamiento colectivo.

La construcción del barrio emergió en una dinámica particular y heterogénea, en comparación con el proceso de poblamiento experimentado

⁶ Como bien se menciona en el informe final “La Casa de Justicia: un referente simbólico para la movilización de imaginarios de convivencia democrática en la comuna cinco de Manizales”, de Osorio et al (2002), los procesos de autoconstrucción de vivienda superaron la planeación inmediata y de corto plazo e incorporaron la racionalidad de la planeación a largo plazo.

en la ciudad y con las especificidades de otros sectores de ésta. La vida cotidiana se constituyó como el resultado de múltiples realidades que configuran a su vez una realidad colectiva-pública, en la cual se comparten espacios y tiempos consolidados alrededor de la sobrevivencia y el establecimiento de unas condiciones de vida (más o menos) adecuadas a las necesidades humanas y a las exigencias del contexto social donde se vivía para dicha época (Osorio et al, 2002).

Ahora bien, es pertinente delinear el proceso agenciado por los comités de autoconstrucción del barrio Mójica II. Para ello, se debe mencionar que los comités estaban conformados por hombres y mujeres con o sin experiencia en construcción, lo cual no fue un impedimento para aportar a la construcción del barrio. Dichos comités fueron el eje central en la obra: definían rutinas de trabajo, determinaban el orden en la entrega de materiales, se encargaban de distribuir y hacer seguimiento semanal a todas las solicitudes de materiales, además de vigilar la calidad de los mismos. Quien no trabajase en dichas obras debía asumir el costo monetario de una jornada laboral, como forma de compensación.

Aproximadamente en 1992, los habitantes de Mójica II gestionaron la apertura del primer puesto de salud en el sector, llamado Azul Plateada, el cual, según la reseña publicada en el periódico *El Tiempo* del 2 de mayo de ese mismo año, contaba con consultorios médicos y odontológicos, sala de inyectología, sala de enfermería y salón de espera, y prestaría el servicio asistencial de lunes a sábado con precios módicos. Dicho centro beneficiaría por lo menos a veinte mil familias, y fue inaugurado por el ex alcalde Germán Villegas, el ex alcalde Rodrigo Guerrero, el ex gobernador Luis Fernando Cruz y directivos de la empresa de buses Azul Plateada, constituyéndose como una medida para facilitar el acceso al servicio de salud y apostar al mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes del barrio.

Hacia 1987 aparecieron las primeras rutas de transporte público de las que se beneficiaron los habitantes del barrio Mójica II; primero fue la Azul Crema, luego la Papagayo Nueve, y así llegaron otras rutas de transporte. Todo ello estuvo impulsado por la construcción de la avenida Ciudad de Cali y la troncal de Aguablanca como las principales obras de infraestructura que beneficiaron al barrio, además de conectarlo con el

resto de la ciudad. A la fecha (2011) en el barrio transitan las siguientes rutas de transporte: Montebello 1S, 2S, 3 y 3S, Villanueva 1, Verde Bretaña 6 y 7, Azul Crema 2 y 3, P47A, P47B, P43, P40B, A44; estas últimas hacen parte del Masivo Integrado de Occidente (MIO).

En relación con la apariencia física del barrio, en gran proporción las viviendas del sector se han edificado con materiales como cemento, ladrillo, madera y tejas de zinc. Las fachadas de dichas edificaciones cuentan con acabados de obra blanca (estuco y cerámica principalmente), mientras que otras están repelladas o en ladrillo únicamente. Se evidencian ciertos rasgos en los que los límites de lo público y lo privado no están delimitados, en tanto que el espacio privado se extiende al perímetro de lo público. Ejemplo de ello es que en algunas de las viviendas se utilizan los antejardines para extender prendas de vestir, las cuales son ubicadas en ventanas y verjas principalmente. Asimismo, se escucha de manera reiterada envolventes sonidos de géneros musicales como la salsa y el vallenato en una considerable proporción de las viviendas del barrio y sus sectores aledaños.

Respecto a las acciones organizativas emprendidas por sus pobladores,⁷ uno de los puntos más importantes fue la creación de la Asociación Centro de Desarrollo Comunitario Arco Iris, el cual se fundó en 1994 aproximadamente, y cuyo principal objetivo en sus inicios fue la creación de una guardería para el cuidado de los niños del sector, permitiendo que sus madres tuviesen tiempo para trabajar y ganar dinero. La idea fue acogida por la Secretaría Municipal de Vivienda, con lo cual se logró la adjudicación de un espacio para la construcción de una guardería; sin embargo, y a pesar de las limitaciones económicas para lograr el proyecto, el lote fue defendido por personas de la comunidad, especialmente por la señora María Hernández (fundadora), quienes en muchas ocasiones lograron evitar la invasión del sitio por personas ajenas al lugar.

Pese a las dificultades, y después de haber realizado múltiples gestiones, se logró el apoyo del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) para el funcionamiento de la guardería y se recibieron una serie de aportes

⁷ En el barrio se han estructurado las siguientes organizaciones: Asociación de Vecinos (AVECO), Empresa Asociativa de Trabajo (EAT), Comité Nuevo Milenio (Colonia Nariñense) y Afromójica (Fundación Nacederos), vigentes a 2011 en el momento de la investigación.

económicos de cooperación internacional, que sirvieron para ampliar la sede, edificar dos pisos más y dotar de los primeros libros a la biblioteca del Centro de Desarrollo Comunitario. En la actualidad, su sede suministra el complemento alimenticio a más de cincuenta niños y niñas de escasos recursos, habitantes del barrio y sectores aledaños, y se impulsan iniciativas juveniles en torno a la música y la generación de espacios para la resolución de conflictos entre dos comunidades históricamente antagónicas: la llamada parte legal del barrio Mójica II y la invasión Colonia Nariñense.

Frente a este panorama, y ante los continuos enfrentamientos entre las pandillas juveniles del sector en defensa de los límites territoriales que imperan en éste (y en general en los barrios de la Comuna 15 de Cali), Arco Iris emerge como punto de encuentro para los niños, adolescentes, jóvenes y adultos del barrio Mójica II y la Colonia.

Por otra parte, la Colonia Nariñense (llamada anteriormente La Laguna) es uno de los tres asentamientos informales existentes en el barrio, además de Brisas del Caracol y Brisas del Encanto. Las viviendas edificadas en la Colonia Nariñense se caracterizan por tener materiales como esterilla, plástico, guadua y cartón. Sus estrechas calles fueron hechas de manera tal que en ellas no puedan transitar automóviles. En el transcurso de veinte años, en la Colonia se visualiza el paso del tiempo y, con ello, algunos cambios en las viviendas: pisos contruidos con cemento, paredes en ladrillo o puertas de acero. No obstante, según la percepción de algunas personas, el hambre y las balas son las condiciones que tapizan sus calles y esquinas. Tal panorama es referido por algunos de los habitantes del barrio Mójica II:

En cuanto a la Colonia Nariñense, ese es un historial, porque la Colonia comenzó aquí al pie de la Niño Jesús de Atocha. Un señor, Fernando Valencia, que hoy en día está en la cárcel y que es muy conocido, eh, él fue uno de los impulsores de esa invasión, donde están prácticamente la Colonia Nariñense, que dicen que ha sido famosa por el acto delincuencia más que todo... Eh, esa Colonia hubo que meterle una tutela, eh, la falló el contencioso administrativo en el cambio de Apolinar Salcedo con el doctor Tafur; se hizo ese arreglo, falló esa tutela a favor de nosotros, y esos señores fueron reubicados a Potrero Grande. En estos momentos en ese sector se va a hacer un balneario ahí, parecido a piscinas que tiene Comfandi [...].

Ellos llegaron (refiriéndose a la Colonia Nariñense), nunca se sospechó que ellos iban a ser un punto de revolución. Ya ellos llegaron a esta parte de aquí, y fueron llegando, y se acogieron porque no se veían revoltosos, y llegaron por limitado tiempo, y por limitado tiempo resulta que antes fueron trayendo, trayendo... “Hacete aquí, hacete aquí, hacete más allacito...” Digamos que así fue que se pobló, ese fue el método, y como se creía que iba a ser por medio de la alcaldía que había en ese tiempo, que iban llegando a esos barrios, pero nunca se iban a quedar todo ese tiempo, y que iban a ser revoltosos... Pero lo que pasa es que esta es una familia, son familias todos, los que hay alrededor. Yo no sé si es la familia más humilde de Cali, porque nos aguantamos todo; todo es que, que te matan un hermano, y se vive con el asesino al lado, eh, le roban a usted el bolso, el celular, y vive con el ladrón al lado, entonces es algo... Se demostró demasiada humildad... Porque ellos ya no se percatan en decir: “ay, no, es que ella es vecina, de por mi casa, mi pareja...”, y entonces ahí es donde empieza la vengancita, y entonces ya empieza, ¿no? Entonces yo me voy para no verlo, mantiene aquí entonces mejor me voy lejos, entonces no hay quien haga, no hay quien haga por usted, ni por nosotros dos. Nosotros, como le dije yo a Polo cuando estaba de alcalde, es que nosotros ponemos los muertos para que ustedes quiten la Colonia Nariñense (líder comunitario, habitante del barrio Mójica II; sesenta y dos años de edad).

Anteriormente habitada por más de cuatrocientas familias, es uno de los diecisiete asentamientos informales de la ciudad en donde se inició un proceso de reubicación de más de la mitad de sus habitantes (277 familias en total), emprendido por la administración municipal tras la declaratoria de urgencia manifiesta anunciada en 2005 y 2006 debido al deterioro causado por el asentamiento de viviendas subnormales en el espacio urbano de la ciudad, específicamente en el Jarrillón del río Cauca.

Para algunos habitantes de Mójica II, pese a la reubicación de una considerable proporción de las familias residentes en la Colonia Nariñense, se evidencia cierto pesimismo frente al cese del conflicto que se experimenta entre los pobladores de Mójica II y quienes aún permanecen en la Colonia.

Es complicado vivir acá. O sea, uno paga el precio, realmente se paga el precio de vivir por acá, futuro por acá... Hay gente que quiere, se les ha metido, que Metrocalí va a comprar esto, otros dicen que esa invasión la

van a sacar y van a hacer un polideportivo, que van a hacer un Comfandi, que esto va a mejorar... Pero, le digo sinceramente que vendrán muchos alcaldes y con esa gente ahí no pueden; se van unos, desocupan este lote, pero como no los sacan en manada, entonces, usted que tiene su hermana y quedó aquí, trae a su cuñada que se meta en el lote que desocuparon. Entonces venden la que entregan y vuelven y se meten, ¿sí me entiende? Con eso no acaban nunca, o la solución pa' acabar con esa invasión es que venga un gobierno con pantalones, y bueno, se van todos, o les compran, o les entregan pero a todos en manada desocupan ese lote... Así sí, pero, así que sacan a veinte, cincuenta familias quedan ahí... (Migrante tumaqueña; cincuenta y tres años de edad).

Para algunos habitantes del barrio Mójica II, los conflictos que emergen entre los habitantes del sector y los pobladores de la Colonia Nariñense se resumen en lo siguiente:

Lo que pasa es que tradicionalmente la gente de Mójica le achaca todos los problemas del barrio a la gente de la Colonia. Los adultos del barrio dicen que van a sacar a la fuerza a los de la Colonia, porque como es una invasión que se formó hace pocos años. Entonces dicen que las pandillas son de allá, si matan a un pelado en Mójica dicen que fueron los de allá, y así. Tanto es así que los pelados no pueden pasar de barrio a barrio (líder comunitario, Asociación Centro de Desarrollo Comunitario Arco Iris).

4. Reflexiones sobre la configuración territorial de Charco Azul, Cinta Sardi, Mójica II y la Colonia Nariñense

La configuración del territorio y del espacio social donde las personas desarrollan su vida cotidiana le imprime sentido a la vida social de éstas, quienes con sus actuaciones le dan uso al espacio público y le asignan significado a la actividad individual y comunitaria; vista así, la vida cotidiana se entiende como una realidad compartida con otros, articulada a partir de las interacciones diarias. Asimismo, se entiende que el contexto sociocultural es un referente permanente en las diferentes modalidades de ocupación de los territorios, así como en las expresiones simbólicas y significativas con las que interactúan hombres y mujeres en la sociedad de hoy (Berger y Luckman, 1999, en: Osorio et al, 2002).

En este sentido, la configuración socio-territorial de los barrios y asentamientos en mención se ha construido mediante manifestaciones de contacto y de diferenciación con el otro; en el devenir histórico de estos barrios y asentamientos coexisten aspectos de una historia de luchas, aprendizajes y relaciones compartidas en pro de la calidad de vida de sus habitantes. No obstante, se aprecian interacciones en las que están implicadas las diferencias entre sus pobladores, los cuales simultáneamente se acercan y distancian.

Así, los entornos barriales se constituyen en referentes inmediatos de un colectivo. Para García (1992), citado por Rivas (1999), son “unidades aglutinantes de diversidad”. La categoría de “vecino” ejemplifica la idea de pertenencia común; es desde la vecindad donde emergen las conductas que tienen como fin romper las fronteras espaciales, y es allí, por tanto, donde se presenta la hospitalidad, la reciprocidad y la ayuda mutua. No obstante, en esta visión idealizada de “vecindad” se encuentran latentes los imaginarios y las percepciones frente a los espacios y lugares de interacción con los otros como objetos de división, conflictos y tensiones (Rivas, 1999). En consecuencia, el entorno barrial se constituye como unidad de identificación o referente de disputa, exclusión, jerarquías y diferenciación, en el cual confluyen mediaciones tanto ambientales como culturales, sociales y políticas.

Si bien el panorama evidenciado líneas arriba da cuenta de la emergencia de conflictos asociados a actos delincuenciales propiciados por agrupaciones juveniles (pandillas) de los barrios Charco Azul, Mójica II y los sectores de Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, dichos conflictos se encuentran estrechamente vinculados con la configuración de fronteras públicas que, de acuerdo con Larrahondo (2009), se constituyen como lugares de tensiones sociales y simbólicas cuyo sustento se encuentra en imaginarios urbanos acerca de los habitantes de un territorio específico. Explicaciones de carácter histórico, social y económico posibilitan la producción de dichos imaginarios y las tensiones que éstos generan entre los pobladores de los barrios y asentamientos en mención.

En la construcción simbólica de los imaginarios fronterizos existen dos elaboraciones colectivizadas que sustentan dichos imaginarios y que

además legitiman las tensiones derivadas de ellos: el miedo y la seguridad, los cuales surgen en el marco de un dispositivo rumor-mito, fuertemente enraizado en el *imaginario fronterizo*, y que condiciona la sensación de miedo y la necesidad de seguridad frente a otro que se ve como peligroso y destructivo. De ahí que se legitimen acciones y estrategias mediante las cuales se le pueda doblegar o, en su defecto, aniquilar. La importancia que adquiere el estereotipo es fundamental, pues posibilita la construcción del otro a partir del estigma, lo que deviene en prejuicios, formas de exclusión e invisibilidad.

Surgen entonces disputas territoriales en medio de tensiones latentes entre los pobladores de un barrio y un asentamiento informal (en este caso Charco Azul, Mójica II y los asentamientos informales de Cinta Sardi y la Colonia Nariñense), con diferencias notorias en relación a la legalización de sus predios y el acceso a un equipamiento colectivo que mejora, en cierto sentido, las condiciones de calidad de vida de sus pobladores. Así pues, se incluye una perspectiva de defensa de un hábitat compartido, aunque con usos, prácticas y significados diferenciados. Esta situación de disputa territorial remite a las características de apropiación del territorio y a las diversas formas de inscribir en él signos y marcas que se convierten en símbolos sociales de territorialización y territorialidad; ejemplo de ello son las diferentes delimitaciones geográficas que se trazan con el fin de dividir un territorio (en este caso, un entorno barrial), de tal manera que se restringe o viabiliza la circulación de pobladores en espacios delimitados dentro de éste.

Con esta última noción se alude a las construcciones simbólicas de apropiación prácticas y a significados que se les otorgan a determinados espacios (García, 1976). De ahí que dicha noción se vincule estrechamente a una idea de exclusividad que genera, en cierto sentido, el dominio o la defensa de un espacio y de las relaciones que en éste emergen. Este mismo autor define dos tipos de exclusividad: una positiva, que indica el sentido de posesión o dominio que corresponde a distintas entidades que configuran una comunidad, y una negativa, entendida como aquellas situaciones en las que las unidades territoriales de exclusividad positiva de determinado grupo proyectan, bajo algún parámetro normativo, la exclusión territorial

de ciertos grupos o entidades sociales, bien sea mediante la confrontación violenta o por medio de mecanismos de exclusión simbólicos.

Tanto la exclusividad negativa como la positiva posibilitan la emergencia de prácticas de territorialidad y, con ello, de territorialización. De ahí que no se deben comprender como posturas antagónicas; por el contrario, representan la complejidad de las formas de apropiación, usos y prácticas territoriales. En efecto, la emergencia de una exclusividad negativa, que limita el acceso a determinados espacios (lo que genera conflicto interno entre sus pobladores y agentes externos), propicia precisamente la configuración de unidades espaciales con unos límites previamente legitimados. Si bien quienes no están insertos en esos espacios son excluidos, es paradójico que los conflictos que puedan presentarse por el control del espacio se constituyan en una instancia de cohesión social.

Como bien lo señala Rivas (1999), todos los sujetos cuentan con múltiples adscripciones territoriales que los vinculan (como la casa, el parque, el parentesco, etc.) y que generan algún tipo de identificación, aunque las rencillas no tiendan a desaparecer o a ser más fácilmente negociables. Así entonces, la convivencia y el conflicto son hechos constitutivos para vivir y construir sociedad; pero estos hechos son legitimados por la cultura a partir de determinadas prácticas, pues tienen que ver con las normas colectivas establecidas para vivir en sociedad y para enseñar conductas y comportamientos (Osorio et al, 2002). Por ello, el conflicto surge dentro de la convivencia no sólo cuando dichas conductas o comportamientos no van de acuerdo con las normas establecidas, sino también en las formas como se expresan o manifiestan puntos de vista, opiniones y formas de actuación. Al interior de los entornos barriales de Mójica II y Charco Azul, así como en los sectores de la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, existen múltiples espacios según las elaboraciones de las personas; asimismo, se crean múltiples identidades que pueden traducirse en conflictos. No obstante, la cercanía de las personas, y el hecho de que provienen de una historia común, es lo que más las une y lo que las hace sentir, en últimas, como pertenecientes a un territorio (Rivas, 1999).

Es en este marco donde emergen una serie de mecanismos que se usan no sólo para legitimar la utilización de espacios, sino también para fundamentar

el poder, el liderazgo y la relación entre los vecinos. En estos términos, el territorio siempre se mira a partir de las experiencias personales, de las cuales emergen significados específicos sobre el entorno y sus habitantes: se ama el lugar donde se ha sido feliz y donde se ha disfrutado la estancia de algún modo. Igualmente, las vivencias desagradables influyen en la forma de apreciar el territorio y desplegar diferentes estrategias para su defensa o conservación (Quezada, 2007). Al respecto, una migrante tumaqueña, habitante del barrio Mójica II, afirma:

La violencia siempre es, es bastante dura. O sea, usted no puede salir con tranquilidad y pararse ahí a disfrutar un rato de una tarde, que tiene que estar con los ojos, viendo a ver de dónde vienen tiros. No es todo el tiempo, porque hay veces que está tranquilo, pero en eso uno no se confía. Entonces hay momentos en que uno como que se aburre de esa situación, me estresa, ¿no? Pues apenas tenga facilidad, tengo este ahorrito, me voy a estar un tiempo fuera de esa situación, cuando se le acaba el ahorrito, acá está la casita, me devuelvo... Pero sí ha habido esa dificultad de convivencia, siempre. Este barrio, usted lo ve así, pero fue muy difícil y, a pesar de que está mejorando la situación, todavía falta mucho y no tenemos la ayuda del gobierno. (Migrante tumaqueña, habitante de Mójica II; cincuenta y tres años de edad).

Este testimonio permite deducir que las configuraciones territoriales de Charco Azul y Mójica II, y los asentamientos informales Cinta Sardi y Colonia Nariñense, dan cuenta de los diferentes espacios, como bien lo plantea Viviescas (1996), citado por Osorio et al (2002), en donde el ser humano colectivo e individual es y actúa. Este ser humano es una categoría abstracta en el territorio, como un elemento concreto determinado físicamente a partir de la definición de límites geográficos; el ser humano contemporáneo se encuentra abocado a la construcción de espacios para la conversación, el intercambio, la interrogación de su pensamiento y su opinión, y la confrontación de su criterio y de su interés con los de los demás, así como para lo social, la cultura y la ideación de los imaginarios colectivos que surgen de esos enfrentamientos y reconocimientos.

Por otro lado, más allá de la delimitación fronteriza existente entre Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense, lo cierto es

que dichas fronteras determinan las oportunidades de construir territorios de lucha y disputas simbólicas dispersas. De ese modo, el territorio desempeña un papel simbólico relevante en el contexto de la acción y de las relaciones humanas, y no simplemente el papel de condición, de contenedor, de recurso instrumental o de fricción. La misma territorialidad se integra en el simbolismo expresivo-evaluativo de la comunidad como uno de sus componentes o elementos (Giménez, 2000).

Así pues, la analogía que se observa entre la propia vida y el escenario donde transcurre se convierte en un protagonista simbólico que adquiere sentidos específicos según las experiencias que ahí se tienen. La percepción subjetiva del territorio se realiza a través de los filtros de la propia vida. Frente a esto, una migrante habitante de Cinta Sardi comenta:

No, pues el barrio es bueno pa' vivir, porque prácticamente yo aquí actualmente no estoy pagando servicios. Pues hasta ahora, ya nos pusieron el agua, pues, y ya ha cambiado bastante el barrio en eso de la matanza, ya ha cambiado bastante... Ya uno puede salir, porque uno antes no podía ni hacer una fiesta porque venían y se la dañaban. Pero ahora sí puede uno salir. Yo por lo menos me levanto a las dos, tres de la mañana, y me voy y me paro allá en la esquina, cuando no tengo sueño, cuando veo que mi muchacho está allá, por allá por esos lados de allá [señalando el barrio Charco Azul]. Una noche yo me amanecí y estaban tomando ahí los vecinos, no pude dormir en toda la noche, y me amanecí, y pa' qué, la gente la pasó bien... No hubo problemas en ese sentido. (Migrante bonaverense, habitante de Cinta Sardi; treinta y nueve años).

Igualmente, los lazos territoriales adoptan una diversidad de sentidos, pues un territorio puede percibirse de múltiples maneras, con lo cual crea múltiples significados subjetivos íntimamente relacionados con las vivencias personales, enmarcadas en las percepciones que de ese territorio tienen los otros. En ese sentido, las construcciones simbólicas personales siempre tienen un fuerte componente intersubjetivo (Quezada, 2007). Así lo ilustra lo expresado por una migrante tumaqueña, habitante del barrio Mójica II:

Lo malo de vivir en esta ciudad es la maldad como de la gente, porque yo tengo como treinta y dos años de vivir aquí en Cali, y me ha tocado gente buena, pero más he luchado con gente mala. Eso es uno. Otro, es que la gente no tiene como ese sentido humano, lo que le pase a usted como que a nadie le importa, no hay como esa solidaridad, ese amor por el compañero, por el vecino... Pues yo por aquí con los vecinos: “¡hola, que más!”, y recocho mi rato si es de compartir, pero no siento como esa conexión, esa... ¿sí me entiende? (Migrante tumaqueña, habitante de Mójica II; cincuenta y tres años de edad).

La violencia y el conflicto que caracterizan a las prácticas de territorialidad (y con ello de territorialización) no son más que el eco de los gritos de pobladores y migrantes que tratan de hacerse al espacio urbano, de aferrarse reiterativamente al territorio y a un lugar de vida, así como lo hicieron sus parientes y paisanos en los años de invasión; son un eco que corroe las paredes del muro, de la frontera íntima, para observar a los otros desde la diferencia, desde su intimidad secuestrada y en exilio (Larrahondo, 2009: 72).

Retomando las historias de conformación de Mójica II, Charco Azul, la Colonia Nariñense y Cinta Sardi, a diferencia de las unidades residenciales cerradas, este tipo de barrios y de asentamientos dan cuenta de un proceso de configuración en la calle, donde prevalece lo público; allí todo se sabe: desde los zapatos nuevos que adquiere el vecino, hasta la familia que recientemente se instala en el barrio, las discusiones entre padres e hijos o la separación de tal pareja. Los conflictos íntimos son de esfera social, ya sea por el chisme como control social o por comunicación directa de los involucrados para exhibir sus adquisiciones o para socializar y recibir impresiones sobre sus pérdidas.

Si bien los desarrollos comunitarios en Charco Azul y Cinta Sardi (en términos de lograr el acceso a los servicios, la mejora de sus viviendas o la reivindicación de sus peticiones) no han estado mediados por un proceso democrático en un sentido literal, construir sus territorios como “invasores” les hace tener una historia compartida, una lucha colectiva, y el establecimiento de una red de relaciones, de lo cual han emergido procesos de significación territorial y, con ello, diversidad de sentidos y significados para quienes los vivieron. En ese sentido, estos lugares son

sus lugares de referencia, de vida, de vivencialidad y de identidad, aunque ésta sea estigmatizada o estereotipada.

Además de ello, se observa que es precisamente en estos contextos donde se escenifica el despliegue de las capacidades de autoconstrucción y gestión de los pobladores de estos sectores respecto a la edificación, adecuación y transformación de sus viviendas, su entorno barrial, y en general, de los espacios de la ciudad en donde habitan. En términos generales, esa capacidad de autoconstrucción del espacio urbano ha sido reconocida, aunque no legitimada, y además ha estado restringida por las decisiones y políticas gubernamentales (Pulido, 2011). En este sentido, al llegar y decidir establecerse en la ciudad, los migrantes afrocolombianos encuentran en estos sectores la posibilidad de lograr su residencia y acceder a los beneficios que trae consigo la vida en el contexto urbano. Por tanto, el acceso a una vivienda es, junto con la actividad laboral, otro de los pilares de mayor influencia en la orientación que tome el proceso de inserción social de dichos migrantes en la ciudad.

Se reconoce, por tanto, que el proceso de inserción social en la ciudad ha sido conflictivo y de empoderamiento. Al mencionar el establecimiento de relaciones conflictivas, se alude no a una confrontación física sino, por el contrario, a la confluencia de diversidad de intereses y estrategias a través de las cuales los migrantes y los pobladores de la ciudad conviven en ésta e impregnan sus circunstancias de sentidos y significados. El empoderamiento se circunscribe, entonces, en las formas de autoconstrucción y adecuación del equipamiento colectivo, así como en la organización, la lucha y las relaciones de solidaridad que generan la apropiación y resignificación de los espacios en la ciudad.

Asimismo, es evidente que entre migrantes afrocolombianos y pobladores urbanos existen experiencias de vida comunes que acompañaron el pasado, persisten en el presente y se proyectan para el futuro, posibilitando la construcción de espacios de intercambio social y cultural que tienden a promover el encuentro, la ayuda mutua y, en general, el mejoramiento de sus condiciones de vida (Bello y Mosquera 1999: 474). En efecto, uno de los entrevistados manifestó:

Ha habido cosas buenas y cosas malas, ha habido presidentes [refiriéndose a la junta de acción comunal] que se han preocupado, por la situación del barrio, como también ha habido gente que ha llegado a la acción comunal y terminan como llegaron, sin una obra, sin un avance, ni en salud, ni en educación, ni en nada de esas cosas. Entonces, yo creo que la idea es que la gente que va a tomar las riendas de este barrio, así sea joven o una persona mayor, tenga ese anhelo de trabajar por la comunidad. (Líder comunitario, habitante del barrio Mójica II; sesenta y dos años).

Los asentamientos de Cinta Sardi y Colonia Nariñense son escenarios en los que se reflejan patrones de inclusión-exclusión que se constituyen en estrategias para su configuración y la defensa del territorio ante diversas circunstancias (Naranjo, 2004: 6). No obstante, debe agregarse que las formas de inclusión-exclusión en dichos espacios están mediadas por imaginarios, representaciones y significados de quienes los habitan, así como de personas ajenas a los ámbitos barriales; el espacio físico en sí mismo no genera exclusión o inclusión, sino que éstas emergen de las representaciones e idearios que se construyen dialécticamente entre los pobladores de los barrios y asentamientos, y de Cali en general.

5. A manera de conclusión

Hacer este tipo de investigaciones implica construir diferentes formas y lecturas de aproximación a contextos barriales con múltiples problemáticas (como delincuencia, consumo de sustancias psicoactivas, homicidios, violencia o agresiones físicas) asociadas a la carencia de recursos económicos y a la ausencia de condiciones que garanticen la calidad de vida de sus pobladores. Es en este escenario donde se conjugan los saberes y las voces de los sujetos y de los profesionales que intervienen, y en donde hay lugar a diversas interpretaciones, lo que permite identificar nuevos elementos que operan dentro de las fuerzas, tensiones y contradicciones que subyacen en la práctica investigativa y en la intervención profesional.

Así pues, como bien lo plantea Carballada (2002), la intervención en lo social toma un giro significativo, pues las problemáticas ya no sólo se analizan en el ámbito académico, sino también por los actores, con base

en las relaciones, los vínculos y los lazos sociales que logren establecer con los contextos social, económico y político en donde se encuentren inmersos. Los problemas sociales son construidos en forma discursiva y extradiscursiva; por ello la intervención debe acceder a los espacios microsociales (el barrio, la vivienda, las instituciones), en donde de manera simbólica se construye y representa la cotidianidad, la identidad de los sujetos, los imaginarios sobre sí mismos y el contexto macroestructural donde se encuentran. Es decir, se debe trascender la mera descripción de los acontecimientos, las imágenes y las acciones de los sujetos y del contexto donde emergen las problemáticas sociales, para propiciar su análisis e interpretación, buscando reconocer la cotidianidad de los actores, además de comprender e interpretar la manera como éstos se constituyen a partir de su historia social y familiar. Además de ello, como bien lo plantea Tello:

El sujeto y su(s) problema(s) adquieren expresión en el contexto que los contiene, por tanto, no es posible pretender entenderlos en independencia o tratar de aislarlos y posteriormente juntarlos; se trata de una unidad de análisis que para la intervención se convierte en unidad de trabajo. La interrelación del sujeto y el problema es también con el contexto –incluye coordenadas tiempo-espacio– y relación indirecta con otros sujetos que conforman el relato de lo social. Como dice Giddens, los sujetos no sólo tienen posturas relativas a sí y a los otros, sino también relativas al contexto en el que viven. Es decir, existe un plano de acción histórico, cuya importancia reside en la posibilidad de la construcción de la realidad en la que se vive (2008: 9).

En este sentido, se infiere que la comprensión y el acercamiento a las vivencias, tensiones y conflictos presentes en la configuración socio-territorial de Charco Azul, Mójica II, Cinta Sardi y la Colonia Nariñense posibilitan la realización de lecturas del contexto y en contexto y la identificación y construcción de diferentes objetos de intervención profesional, lo que sin duda alguna contribuye a la reflexión teórico-conceptual, metodológica y ético-política sobre la intervención en lo social de los y las trabajadores sociales.

6. Referencias bibliográficas

- Aprile-Gniset, Jacques (1992). *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Arboleda, Santiago (1998). *Le dije que me esperara, Carmela no me esperó: el Pacífico en Cali*. Cali: Universidad del Valle.
- Barbary, Olivier; Bruyneel, Stéphanie; Ramírez, Héctor; Urrea, Fernando (1999). Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali: estudios sociodemográficos [versión electrónica]. Documento No. 38, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica (CIDSE), Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, pp. 1-97. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento38.pdf>. Consultado: 3 de septiembre de 2010.
- Bello, Martha; Mosquera, Claudia (1999). Desplazados, migrantes y excluidos actores de las dinámicas urbanas, en: *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales –CES–, Universidad Nacional de Colombia, pp. 456-474.
- Carballeda, Alfredo (2002). Crisis, nuevos escenarios e intervención en lo social, en: *La intervención en lo social*. Buenos Aires: Paidós, pp. 50-72.
- Cardona, Ramiro (1968). *Migración, urbanización y marginalidad*. Bogotá: División de Estudios de Población, Asociación Colombiana de Facultades de Medicina.
- García, José (1976). Territorio y estructura social, en: *Antropología del territorio*. Madrid: Ediciones José Fina Betancor, pp. 63-86.
- Giménez, Gilberto (2000). Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural, en: Barbero, Jesús; López, Fabio y Robledo, Ángela (eds.). *Cultura y región*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales, pp. 87-132.
- Larrahondo, Óscar (2009). Sentidos de territorialidad en el Distrito Barrial de Agua Blanca de la ciudad de Cali, en: *Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica* N° 9. Cartagena, Universidad de Cartagena, pp. 59-73 [versión electrónica]. Disponible en: <http://www.ceilika.com/sites/default/files/9-3.pdf>. Consultado: 9 de junio de 2011.
- Laurin, Alicia (2001). Ensayo metodológico para un estudio particular: las transformaciones territoriales fronterizas del proceso de integración física, en: *Boletín Geográfico* N° 21. Argentina: Universidad Nacional del Comahue, Departamento de Geografía, pp. 1-17 [versión electrónica]. Disponible en: <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal7/Teoriaymetodo/Metodologicos/03.pdf>. Consultado: 6 de diciembre de 2011.

- Mosquera, Gilma y Aprile-Gnisset, Jacques (1978). *Dos ensayos sobre la ciudad colombiana*. Cali: Universidad del Valle.
- Naranjo, Gloria (2004). Ciudades y desplazamiento forzado en Colombia. El “reasantamiento de hecho” y el derecho al restablecimiento en contextos conflictivos de urbanización, en: *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, pp. 279-310 [versión electrónica]. Disponible en: http://www.virtual.unal.edu.co/cursos/humanas/2004945/docs_curso/descargas/4ta%20sesion/Basica/Gloria%20Naranjo.pdf. Consultado: 5 de abril de 2011.
- Osorio, Fanny et al (2002). *La Casa de Justicia: un referente simbólico para la movilización de imaginarios de convivencia democrática en la comuna cinco de Manizales*, Capítulo V: Acercamiento a la vida social. Manizales: Centro de Estudios y Desarrollo Alternativo de Territorios de Conflicto, Violencia y Convivencia Social-CEDAT- Universidad de Caldas.
- Pulido, María (2011). Análisis de algunos de los aspectos de la segregación socio-espacial como limitante en la calidad de vida en Bogotá. Periodo 1998-2008. Monografía de grado presentada como requisito para optar al título de Politóloga. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Facultad de Ciencia Política y Gobierno [versión electrónica]. Disponible en: <http://repository.urosario.edu.co/bitstream/10336/2372/1/53165trece6-2011.pdf>. Consultado: 8 de junio de 2011.
- Quezada, Margarita (2007). Migración, arraigo y apropiación del espacio en la recomposición de identidades socioterritoriales, en: *Revista Cultura y Representaciones Sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario*, Año 2, Núm. 3, septiembre, pp. 35-67. [revista electrónica]. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/crs/article/view/16252/0>. Consultado: 10 de julio de 2011.
- Rivas, Nelly (1999). Prácticas espaciales y construcción territorial en el Pacífico nariñense: el río Mejicano, municipio de Tumaco, Documento de Trabajo N.º 41. Cali: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle [versión electrónica]. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/cidse/Documento41.pdf>. Consultado: 20 de febrero de 2011.
- Sánchez, Lina (2008). Éxodos rurales y urbanización en Colombia. Perspectiva histórica y aproximaciones teóricas, en *Bitácora*, Vol. 13, N.º 2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 57-72. [versión electrónica]. Disponible en: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/download/18522/19432>. Consultado: 20 de febrero de 2011.
- Tello, Nelia (2008). Trabajo social, disciplina del conocimiento”, En: *Apuntes de*

- Trabajo Social*. Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Trabajo Social, México, pp. 1-47. [versión electrónica]. Disponible en: http://cursots.files.wordpress.com/2008/08/apuntes-sobre-intervencion-social_nelia-tello.pdf. Consultado: 5 de noviembre de 2010.
- Tovar, Paola (2008). Estudio del comportamiento violento de los jóvenes de 15 a 22 años migrantes afrocolombianos de la costa caucana, actualmente residentes en los barrios Marroquín II y Manuela Beltrán del Distrito de Aguablanca. Monografía presentada para optar al título de Antropóloga. Popayán: Universidad del Cauca, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Departamento de Antropología [versión electrónica]. Disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos-pdf4/estudio-del-comportamiento-violento-jovenes/estudio-del-comportamiento-violento-jovenes.pdf>. Consultado: 3 de mayo de 2011.
- Urrea, Fernando; Murillo, Fernando (1999). Dinámicas de poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali, en: *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional de Colombia, pp. 337-405.
- Vanín, Alfredo et al (1999). Imágenes de las “culturas negras” del Pacífico colombiano Documento de Trabajo N.º 40. Cali: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle [versión electrónica]. Disponible en: <http://sala.clacso.org.ar/gsdcl/cgi-bin/library?e=d-000-00---0cidsedoc--00-0-0--0prompt-10---4-----0-11--1-es-50---20-about---00031-001-1-0utfZz-8-00&cl=CL1.1&d=HASH01bc583e841c975ce19d0d69.4&x=1>. Consultado: 3 de marzo de 2011.
- Vásquez, Édgar (1990). Historia del desarrollo económico y urbano en Cali”, en: *Boletín Socioeconómico* N.º 20. Cali: Centro de investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, pp. 1-28 [versión electrónica]. Disponible en: <http://socioeconomia.univalle.edu.co/nuevo/public/todos%20boletines/No.20%20BOLETIN%20SOCIECONOMICO/Boletin%2020%20articulo%201%20-%20Vasquez.pdf>. Consultado: 3 de mayo de 2011.